

á ella una multitud de habitantes. Eduardo regaló las mejores casas á algunos de sus caballeros, como Mauny, Cobham, Stanfort y Bartolomé de Burghersh: á la reina Felipa tocó el patrimonio de Juan de Aire, y hasta hubo franceses á quienes se concedieron fincas en esa ciudad. El mismo Eustaquio de Saint Pierre volvió á entrar en posesion de parte de sus bienes y además obtuvo una pensión considerable.

A fines del siglo último, cundió entre nosotros la manía de denigrar las acciones heroicas; así como algunos hombres declamaban contra la religion de nuestros padres, se complacian tambien en manifestarse incrédulos respecto de la gloria que aquellos adquirieron. No bien se supo que Eustaquio de Saint Pierre habia recibido una pensión por parte del rey de Inglaterra, cuando el espíritu de incredulidad se creyó ya triunfante con semejante noticia: entonces hicieron observar el silencio que los historiadores ingleses guardaban por lo relativo á los sucesos referidos por Froissart tocante á la rendicion de Calais, y se empeñaron en ponerlos en duda. Mas por ventura ¿no nos consta tambien el silencio que todo el siglo de Augusto guardó respecto de Ciceron? Las liberalidades de Eduardo para con Eustaquio de Saint Pierre, ¿qué otra cosa son que un nuevo homenaje tributado á la abnegacion de aquel eminente ciudadano? El aprecio que su virtud supo inspirar á los mismos enemigos de la Francia, ¿puede ser motivo razonable para que se le niegue la admiracion que le deben los franceses? ¿Mezquina accion es ir á buscar en la vida privada de un hombre, razones para menguar el aprecio que sus virtudes públicas merecen! De seguro, que quien tanto empeño tiene en rebajar el mérito de los otros, nunca llevará personalmente á cabo acciones dignas de trasmitirse á la posteridad.

Ya anteriormente se habia intentado una injusticia del mismo género contra Felipe de Valois; Froissart y el continuador de Nangis habian asegurado que los habitantes de Calais anduvieron errantes por Francia sin recompensa, sin asilo, y mendigando el pan de la caridad. No puede culparse á Felipe de semejante ingratitude, puesto que dos pragmáticas de aquel rey, y otras de sus inmediatos sucesores Juan y Carlos, concedieron á los habitantes espulsados de aquella ciudad, empleos, privilegios y distinciones. En la pragmática del 8 de setiembre de 1347, se lee una concecion digna de notarse: Felipe otorga á los ciudadanos de Calais espulsados de sus hogares, todos los bienes y patrimonios que en lo sucesivo pudieran tocarle por cualquier concepto que fuese: de manera, que el monarca daba á los vasallos sus propios bienes en cambio de los que ellos habian perdido: esta pena del Talion que Felipe se imponia, no por un crimen, sino por la desgracia, denota un admirable espíritu de igualdad y justicia. Calais no habia de ser devuelto á la Francia hasta el 1558 por mano de Francisco de Guisa, hombre predestinado á borrar la última huella de los males causados por Eduardo, y á dar principio á una nueva serie.

SUMARIO.

Diversas treguas renovadas hasta la muerte de Felipe.—Hambre y peste general.—Matanza de judíos.—La secta de los flagelantes.—Tentativas contra Calais.—Combate singular entre Eduardo y Eustaquio de Rivaumont.—El delin de Auberna abandona sus Estados á Felipe: el Rosellon, la Cerdeña, y el señorío de Montpellier, le habian sido ya cedidos por Jaime, rey de Mallorca.—El papa compra la ciudad de Aviñon, de la reina, Juana de Nápoles.—Felipe contrae segundas nupcias con Blanca, hija del rey Felipe, de Navarra: esta señora estaba anteriormente destinada para esposa del hijo de Felipe, llamado Juan, duque de Normandia, que se hallaba viudo.—Muere Felipe como Luis XII, victima de su pasion por la jóven reina, que prolongándose su vida hasta una edad muy proveyda, vió principiar la desolacion de la Francia en tiempo del rey Juan, concluir reinando Carlos V, y renovarse bajo Carlos VI.

FRAGMENTOS.

MUERTE DEL REY.

Hallándose Felipe en el lecho de muerte, mandó llamar á sus hijos los duques de Normandia y de Orleans. En aquel supremo instante en que todas las ilusiones se desvanecen, y nada mas subsiste que el recuerdo del bien ó del mal que se ha practicado, el rey protestó de su buen derecho en la guerra que se habia visto obligado á sostener, y de sus títulos legítimos á la corona. «Hijo mio, le dijo al duque de Normandia, que fue su sucesor en la corona, defende valerosamente la Francia despues que yo haya dejado de existir. He experimentado, que hasta los mismos que defienden causas justas, no se libran de sufrir contratiempos; mas no por eso debe desmayar su esperanza, pues no es posible que Dios consienta ser duradero el reinado de la iniquidad. Amaos mutuamente, hijos míos: sostened la justicia y consolad á los pueblos.»

Un rey que teme ser considerado como culpable por los reveses sufridos, y que se cree obligado á demostrar á su sucesor la justicia de sus derechos á pesar del poco buen resultado de sus armas, habria igualmente confesado, si tal hubiera sido la injusticia de sus pretensiones y los merecidos castigos de una ambicion criminal. ¿A quién hacia semejante confesion? ¿A quién recordaba los impenetrables designios de la Providencia? A aquel rey Juan, marcado ya con el sello de la adversidad, adversidad que sin embargo no debia causar la ruina de la Francia; porque Dios no consiente ser duradero el reinado de la iniquidad.

El primero de los Valois se presentó (22 agosto de 1350), ante el tribunal de Aquel que á su voluntad da y quita los tronos de la tierra, ante el poder eterno y la infalible justicia.

JUAN II.

DESDE SU ADVENIMIENTO AL TRONO HASTA LA BATALLA DE POITIERS.

(Desde el 1350 al 1356).

Felipe VI, llamado de Valois, dejó el cetro á su hijo Juan, segundo de este nombre; pues tambien tuvo Luis X un hijo llamado Juan I, que no vivió mas que cinco dias, y figura en la historia de los monarcas franceses, así como el niño Luis XVII. La ley sálica estaba por lo tocante á este particular, en armonía con el carácter nacional: la inocencia y la desgracia no son títulos que en Francia pueden escluir de la corona.

Juan habia recibido una educacion tan buena, como descuidada habia sido la de su padre, lo cual fue sin duda causa de que amara y protegiera las letras, tanto como Felipe las habia despreciado.

A las disposiciones dictadas por Juan II, se deben las primeras traducciones de Tito Libio, Salustio, Luciano y los *Comentarios de César*. Anduvo solícito en buscar y recompensar el mérito, y su corazón le hacia presentir lo que no alcanzaba á ver con la imaginacion. No por eso se entienda que careció de defectos y de aquellas fatales cualidades que tan poderosamente contribuyen á la ruina de los imperios; la impetuosidad de carácter y la irresolucion de ánimo, y aquel valor que todo lo sacrifica al cumplimiento de la palabra, no teniendo en cuenta mas que el honor y la magnanimidad. En un tiempo en que la justicia era en su reino sinónimo de la libertad, protegió energicamente los derechos de la justicia. Jamás hombre alguno cumplió mas lealmente con los deberes de la amistad; pero rara vez se perdona á los reyes el haber tenido amigos, ni el haberlos dejado de tener.

Juan se adornó en Reims (26 setiembre de 1350) de

a corona, que luego habia de ceñir su frente en Londres. El dia de su consagracion armó caballeros á príncipes y á nobles, que no debian volver á envainar la espada que empuñaron en aquel momento. La pompa de la consagracion fue magnífica, y los gastos que en ella se hicieron prodigiosos. A cada nuevo caballero regaló el rey, segun costumbre, el traje de ceremonia, finisimas pieles y dobles tejidos de seda y oro. Paris se conmovió al aspecto de su monarca. Las calles se cubrieron de alfombras, los artesanos, divididos en gremios, unos á pie y otros á caballo, se presentaron vestidos de un modo uniforme, pero diferente en cada corporacion. Ocho dias duraron estos regocijos públicos, y al último terminaron por una sangrienta ejecucion judicial.

Juan mandó decapitar al conde de Eu, condestable de Francia, que, confiado en la palabra que se le habia dado, acababa de llegar en su prision de Inglaterra. Se dijo, pero sin pruebas en que afirmarlo, que el condestable era traidor, como uno de tantos, á la Francia.

SUMARIO.

Por diligencias del papa queda confirmada la tregua con Inglaterra, concluida en el anterior reinado, y se prolonga en diversas ocasiones hasta tres años.—A pesar de eso, nunca cesaron las hostilidades en Guiena y en Bretaña.—Combate de los Treinta.—Institucion del Orden de la Estrella.—Sorpresa del castillo de Guines por Eduardo, que decia que las treguas eran venales.—Inútiles pesquisas hechas por el Tribunal de Cuentas acerca de malversacion de rentas.—Juan es elegido árbitro en una querrela de honor entre los duques de Brunswick y Lancaster.—Muerte del papa Clemente VI.—Primer crimen del rey de Navarra.

FRAGMENTOS.

TRÁTASE DEL REY DE NAVARRA.

La tercera calamidad de su patria, Carlos el Malo, apareció en la escena despues de Roberto de Artois, que ya no existia, y Gofredo de Harcourt que tocaba ya en sus últimos momentos. Era Carlos, como ya se ha dicho, hijo de Juana, hija de Luis Hutin, reina de Navarra y de Felipe, conde de Evreux, príncipe de la sangre; de su madre habia heredado importantes Estados en los Pirineos, y por parte del padre poseia tierras, poblaciones y fortalezas en Normandia. Su poder recibió nuevo incremento por la promesa de esponsales con la hija del rey, la princesa Juana, que en aquella ocasion no tenia mas que ocho años de edad. Cuanto mas se iba Carlos aproximando al trono, tanto mas devorado parecia de odio y de envidia. Si la ley Sálica hubiese sido desechada, el rey de Navarra hubiera tenido pretensiones mas bien fundadas á ese trono que las de Eduardo, puesto que era nieto de Luis Hutin, y Eduardo no era mas que descendiente de una hija de Felipe el Hermoso. Esto sin duda fue causa de que Eduardo no protegiera á Carlos sino en cuanto le convenia para desolar la Francia, pero no lo bastante para dar el triunfo á su rival. Carlos mereció sin disputa el dictado de Malo con que figura en la historia: espíritu turbulento, alma negra, tan impotente en sus atrocidades como en la disolucion; puede decirse que sus cualidades eran abortadas así como sus vicios. La historia hace mencion de su hermosura personal, de su liberalidad, elocuencia y valor, pero no dice que de ninguna de esas prendas supiera sacar buen partido; por lo cual, habiéndose de ese rey, puede decirse que tambien las esfinges y monstruos que adoró el paganismo en las orillas del Nilo, solian tener algun adorno.

Su carácter figura aparte entre todos los de su siglo. Carlos, mas bien que un caballero, puede decirse que fue uno de aquellos despreciables tiranos que en aquella época eran los opresores de las repúblicas de Italia. Nació, como Marcelo, para aquellos disturbios

civiles, que anunciaban la reaparicion de la nacion en sus propios asuntos, y un trastorno completo en las costumbres.

El empleo de condestable de Francia fue conferido despues de la ejecucion del conde de Eu, á Carlos de España, hermano de Luis. Ese jóven, conocido por el nombre de La Cerda, es el primero de aquella raza de favoritos que se adhirió á los Valois, como una raza bastarda de su familia. Acusaron á La Cerda de haber impelido al rey á aquel acto de rigor para poder apoderarse de los despojos de la víctima. Careciendo nosotros de datos suficientes para fallar en este particular, solo diremos que, como era de esperar, Carlos de España, extranjero en Francia, se hizo odioso desde que ciñó la espada del condestable. Si fuera cierto la acusacion que sobre él pesaba, podria decirse que alguna vez perdona el mundo al que ha derramado sangre; pero nunca al que recibe el salario de haberla derramado.

SUMARIO.

Carlos el Malo, envidioso de Carlos de La Cerda, manda asesinarlo.—Pasa del asesinato á la traicion, confederándose con la Inglaterra, y envolviendo en sus proyectos al conde de Harcourt y á su hermano Luis.—Vergonzoso tratado por el rey Juan, cerrado en Mantes, y solemne perdon concedido al rey de Navarra.—Vuelve éste á sus antiguos manejos.—Otro tratado ratificado en Valogne, casi tan vergonzoso como el de Mantes.—Conclúyese el plazo de la tregua con Inglaterra.—Eduardo desembarca en Calais, y entra por primera vez en Francia por la puerta cuyas llaves tenia en su poder.—Una invasion de los escoceses le hace regresar á Inglaterra.—Carlos el Malo seduce al Delfin Carlos, que entonces tenia diez y siete años, y en lo sucesivo mereció el nombre de Carlos el Sábido.—Comprométele á huir de la corte bajo el pretexto de que su padre le posponia á los demás hijos.—Lleno el Delfin de remordimientos, dá noticia de la intriga á su padre.—Este, á pesar de haber concedido nuevos indultos al rey de Navarra, se resuelve á tomar venganza.—Convocacion de los Estados.

FRAGMENTOS.

LOS TRES ESTADOS.

En menos de cincuenta años que mediaron desde la primera convocacion normal de los Estados hasta la verificada en tiempo del rey Juan, se fueron desarrollando los principios políticos con una claridad y energia, que no hubiera sido posible adivinar. Si el remo hubiese sido un cuerpo compacto, si en las provincias no hubiese sido ejercida la soberania por parte de los mismos vasallos, que eran dueños de ella, si una guerra de invasion no hubiese distraído la atencion pública del campo de la política, es probable que los tres Estados se habrian instituido en la misma forma que el Parlamento de Inglaterra. Los Estados de 1355 y los sucesivos, tuvieron ideas mucho mas exactas acerca de los derechos de la nacion, que las que entonces tenia el Parlamento británico. No se comprende de dónde unos ciudadanos que acababan de emanciparse, ó unos prelados y señores feudales, pudieron sacar nociones tan claras de gobierno representativo en medio de las preocupaciones de la época y de la oscuridad y el caos de las leyes: la viveza del carácter francés, suple sin duda á la esperiencia de los siglos.

Es cierto que la desgracia, ese elocuente maestro de la raza humana, contribuyó eficazmente á que se desarrollara la verdad política durante el reinado del rey Juan y la regencia de su hijo. Nunca los pueblos han entrado, segun lo acredita la historia de todos los países, en el pleno goce de sus derechos, sino pasando al través de males inherentes á las revoluciones combatidas. En vano se habrán esas revoluciones verificadas en el fondo de las costumbres; en vano se habrán hecho tan inevitables como las producciones natura-

les de los tiempos; no faltarán gobernantes que se empeñarán en cerrar los ojos á la luz de la evidencia, y rehusarán conocer que ya es llegado el momento de tener que someterse á su influencia. Los intereses particulares se ponen en contradicción con los intereses generales; principia la lucha que llega á ser más ó menos sangrienta según el torbellino de las pasiones, el carácter de los individuos, y las eventualidades y azares de la fortuna. Deploramos las calamidades que todo cambio político trae en pos de sí; pero aprendamos á conocer en las lecciones de la historia, que desgraciadamente aquellas calamidades son forzosas contingencias, que al espíritu humano no es dado poder evitar. ¿Cuándo llegarán á verificarse las revoluciones sin ir acompañadas de injusticias ni violencias? ¿Cuándo las luces llegarán á estar bastante propagadas, y la civilización será la suficiente para que los pueblos y los reyes cedan entre sí lo que no deben negarse ni arrebatarse mutuamente? Solo Dios sabe cuándo llegará esa hora venturosa.

Los Estados de la lengua de Oil, es decir, el país que se gobernaba tradicionalmente, en el cual figuraba también el Lionesado, aunque éste era país de derecho escrito, se reunieron en la gran cámara del Parlamento en París (2 de diciembre de 1355). Pedro de Laforess, arzobispo de Rouen, y canciller de Francia, abrió la sesión por medio de un discurso pronunciado en nombre del rey: en él manifestó las necesidades del reino, declaró que el monarca se hallaba dispuesto á renunciar al proyecto de alteración de la moneda, siempre que los Estados propusieran un medio de reemplazar este arbitrio por medio de un subsidio equivalente. Puede por lo tanto fijarse al reinado de los Valois el origen de la contribución.

Juan de Craon, arzobispo de Reims, Gualtero de Brienne, duque de Atenas, y Estéban Marcelo, síndico del comercio de París, protestaron en nombre del clero, de la nobleza y del tercer Estado, acerca de su adhesión y fidelidad al monarca, pidiendo permiso para retirarse á fin de consultar entre sí, y proponer los subsidios que podrían concederse, y los abusos que debieran reformarse.

Su primera manifestación estaba concebida en estos términos: «Ningún reglamento tendrá fuerza de ley sin haber sido antes aprobado por los tres Estados; el de estos tres que haya rehusado dar su consentimiento, de ningún modo será obligado por el voto de los otros dos.» Mediante esta cláusula se elevaba el tercer Estado al nivel del clero y de la nobleza. La libertad rebasa en la actualidad los límites de la monarquía constitucional: basta según el principio moderno, la mayoría absoluta de los votos para el complemento de la ley; mas por aquella manifestación de los Estados era suficiente la corrupción ó parcialidad de cualquiera de ellos para detener el movimiento del cuerpo político.

No refiere la historia si el rey fue llamado á dar su aprobación á ese decreto constituyente de los Estados en 1355, cierto es pues que el principio del poder real como nosotros lo hemos admitido en la actualidad, era desconocido en aquella época; pero eso es mucho menos admirable que la fuerza adquirida por parte del tercer Estado: aun no hacia dos siglos que éste se hallaba esclavo y que el monarca no suponía nada en medio de sus grandes vasallos. La libertad renace en las sociedades por todos los caminos, así como la sangre llega al corazón por todas las venas.

Concedido este punto, correspondieron los Estados á la buena voluntad del rey Juan, poniendo á su disposición treinta mil ginetes y que suponían un cuerpo de noventa mil combatientes, pues en el número de aquellos no se contaban las milicias municipales que componían la infantería del ejército. Una contribución sobre la sal y otra de ocho dineros sobre todas las cosas vendidas, excepto las herencias, debían su-

ministrarse durante un año la suma diaria de cincuenta mil libras, equivalente á los gastos que causarían los treinta mil ginetes. Los Estados se reservaban el nombramiento de las personas encargadas del alistamiento de las tropas y de la cobranza del subsidio, de cuyo pago ni el mismo rey podía eximirse.

El rey espidió (28 diciembre de 1355) un decreto conformándose con lo resuelto por los Estados. Prometió no tocar á las cantidades que se reunieran para los gastos de la guerra, y dejar que la distribución de estas sumas se hiciera por una comisión de los diputados de los Estados, lo cual era equivalente á entregar el poder ejecutivo al legislativo. Además de esto, el rey se obligaba á mandar acuñar monedas de buena ley, á renunciar durante sus viajes tanto por lo tocante á su persona como por las de los principales empleados de su casa, á las requisiciones de trigo, vino, vituallas, carruajes y caballos que los labradores estaban obligados á sufrir. Prohibíase á todo acreedor el poder transferir la deuda á otra persona privilegiada ó mas poderosa que él. Mandábase que en último resultado toda jurisdicción tuviera que quedar sometida á los jueces ordinarios. Quedaba reducido el número de alguaciles como excesivo, y se les prohibía exigir mas honorarios que los que les estaban asignados. Prohibíase á todo juez ó á cualquiera otro dependiente del orden judicial dedicarse á especulaciones mercantiles: y por último, quedaban confirmadas todas las reales órdenes dadas anteriormente en favor de los labradores.

Por lo tocante al ejército, el rey prometía no acudir á los levantamientos generales, sino en casos de una evidente necesidad, y después de oír, si el apuro lo permitía, el parecer de los Estados. Castigábase con el mayor rigor el suponer en el servicio militar plazas que no existían, y se mandaba poner marca á todos los caballos, á fin de que fuesen fácilmente conocidos en todas las revistas, y á fin de que no pudiera ningún ginete cobrar dos ó tres veces por un mismo caballo. Los capitanes quedaban cargados con la responsabilidad de los delitos que sus soldados cometieran. Las tropas en marcha no podían detenerse mas que un solo día en un pueblo; si se empeñaban en permanecer mas tiempo, la autoridad municipal podía rehusarse á suministrarles las raciones, y hasta obligarles á que pasarán adelante. Finalmente, el rey se obligaba á no firmar treguas ni paces sin ponerse antes de acuerdo con una comisión de los tres órdenes del Estado.

Tales fueron en resumidas cuentas aquellas ordenanzas que en lo tocante á ciertos puntos han sido comparadas con la Carta Magna de aquel otro rey, Juan de Inglaterra, primer origen de la libertad británica. De lo que en esas ordenanzas se prohíbe, puede inferirse lo que se permitía. Pero los Estados de 1355 se anticipaban en principios políticos y administrativos á las luces de aquel siglo, y cambiaban la naturaleza de la monarquía. Así es que por de pronto nada quedó de aquellos saludables ensayos: el tiempo y las desgracias hicieron abortar en un terreno que aun no estaba convenientemente preparado, los gérmenes de una civilización demasiado precoz.

SUMARIO.

Va el rey á Rouen á arrestar por su propia mano al rey de Navarra en un banquete. — Manda decapitar en presencia de éste al conde de Harcourt, al señor de Graville, á Manbué de Mainant y á Olivier Doublet. — El rey de Navarra es llevado en clase de prisionero á la torre de Louvre ó al castillo Gaillard, y de allí al Chatelet.

FRAGMENTOS.

BATALLA DE POITIERS.

Las faltas del rey son inexcusables: su cólera le ciega y pasa mas rápidamente que su bondad, que

sin embargo aparece demasiado pronta para recaer en el único criminal que hubiera merecido ser castigado: créese seguro de su justicia, y en medio de la ejecución deja que la misericordia le detenga el brazo levantado; quebranta las leyes lo bastante para hacer odiosa la corona, y muy poco para salvarla; en una palabra, no parece sino que tomó á su cargo, el demostrar que un hombre honrado no puede convertirse en un rey malo, y el ser tirano no es tan fácil como vulgarmente se cree. Los errores que como los del rey Juan son tan evidentes, dan ocasión á las almas vulgares de brillar con textos comunes de la moral y á los perversos un motivo de triunfo. Por todas partes resonaron clamores; Felipe de Navarra, hermano de Carlos y Gofredo de Harcourt, el famoso traidor perdonado, y tío del conde ajusticiado, sublevaron la Normandía; entregáronse al rey de Inglaterra, lo reconocieron por rey de Francia, juraron, ayudaron en la conquista del reino y le tributaron homenaje por sus dominios. Eduardo por su parte obró del mismo modo que en otro tiempo cuando ocurrió la muerte de los señores bretones y envió á todas las córtes de la cristiandad un manifiesto, diciendo: «Que los nobles decapitados ó apresados por Juan, titulado rey de Francia, habían sido víctimas de una traición, y que lejos de estar en relaciones secretas con la Inglaterra, habían dado sobrados motivos para poder ser considerados como enemigos en especial el rey de Navarra y sus parciales.» Gofredo de Harcourt ¿era enemigo de Eduardo?

Para apoyar este manifiesto, el duque de Lancastre desembarcó en Normandía. Los ingleses unidos á los navarros, compusieron un ejército de cuarenta mil ginetes sin contar los infantes. Juan avanzó contra los aliados, que acababan de tomar y arrasar á Verneuil-au-Perche; los ingleses se retiraron á los bosques del Aguila, y Juan sentó sus reales delante de Breuil donde no pudo entrar sino después de dos meses de resistencia.

Al regresar á París supo Juan que el príncipe de Gales, después de haber asolado la Huvernia, el Limosin y el país de Berry, estaba ya cerca de Turena: al saber esta noticia hizo juramento de dirigirse contra él, y combatirle donde quiera que lo encontrase. Sin perder tiempo convocó los barones, grandes vasallos, señores, hidalgos y caballeros del reino, mandándoles que sin disculpa ninguna se reunieran en los campos de Blois y de Tours.

Reuniéronse en las llanuras de Chartres; Craon, Boucicaoul y el ermitaño de Chaumont avanzaron con trescientos ginetes á reconocer y hostigar al enemigo.

El príncipe negro había por de pronto tenido la intención de incorporarse al ejército del duque de Lancastre en Perche; mas habiéndose encontrado con los pasos del Loira bien guardados, y sabiendo que Juan reunía fuerzas considerables, volvió á ponerse en camino de Burdeos por la Turena y el Poitu, perdiendo algún tiempo delante del castillo de Romorantin, donde Boucicaoul, Craon y el ermitaño de Chaumont se habían encerrado á consecuencia de una escaramuza de la vanguardia. Este fue el primer asedio, como Crecy la primera batalla en que se usó artillería. ¡Tenia, pues, el príncipe de Gales artillería en su ejército! Sin embargo, no se sirvió de ella en la batalla de Poitiers: también los grandes barones franceses se desdénaron hacer uso de ella en la batalla de Azincourt, aunque podían disponer de un tren formidable para aquella época. El valor caballeresco despreciaba una clase de arma que lo mismo servía al valiente que al cobarde.

Al detenerse el príncipe de Gales en Romorantin, cometió una falta que debía costarle muy cara; sin embargo, esa falta fue la que le cubrió de gloria y de luto á la Francia, pues dió lugar á que el rey Juan al-

canzará el ejército inglés, que, no siendo por el tiempo que perdió en aquel asedio imprudente, habría vuelto á entrar en Guiena sin el menor tropiezo.

Los franceses pasaron el Loira por diversos puntos. Ya empezaban á escasear los viveres en el campo del príncipe Negro, que se había visto obligado á dar un rodeo para no pasar por Poitiers, que permanecía fiel á la Francia. Este rodeo dió tiempo al rey Juan, que iba marchando por la línea mas corta, de presentarse delante de los ingleses.

Estos enviaron á la descubierta doscientos ginetes armados de punta en blanco y montados en caballos escogidos á las órdenes del *capital* (capitan) de Buch. Practicaron un reconocimiento sobre el ejército francés y vieron el campo cubierto de ginetes: sin embargo, no dudaron en atacar á los exploradores. El ruido del ataque llegó á oídos del rey Juan en el acto en que iba á entrar en Poitiers, por lo cual retrocedió aceleradamente con el grueso de su ejército.

Habiendo los exploradores ingleses vuelto al campo del príncipe de Gales, refirieron lo que habían oído y ponderaron lo numeroso del ejército enemigo. El príncipe respondió: «Lo que ahora nos falta saber, es cómo podremos batirlos con ventaja.» Tomó posición en un terreno de difícil acceso. Juan por su parte, también hizo alto, y la noche cubrió ambos campamentos.

Al día siguiente domingo (18 de setiembre) el rey mandó cantar una misa en su tienda de campaña y comulgó con sus cuatro hijos, Carlos, Luis, Juan, Felipe y los señores de las flores de lis, como entonces se llamaba á los príncipes de la sangre.

En seguida Juan reunió su Consejo, y propuso atacar al enemigo: el Consejo aprobó este parecer.

Los historiadores critican esta determinación, sin duda porque no han tenido presentes ni las circunstancias ni las costumbres de aquel tiempo. Mucho mas seguro habría indudablemente sido el obligar á los ingleses á rendirse por el hambre; pero también era muy posible, y mucho mas heroico, el vencerlos con las armas en la mano. Si no se hubiera perdido un día; si el duque de Orleans no se hubiese retirado desde el principio de la acción con una tercera parte del ejército, es muy probable que el príncipe de Gales habría sucumbido. ¡Qué justo no era el motivo de resentimiento que el rey Juan debía tener contra los ingleses! Por otra parte, en aquel tiempo las batallas no procedían de combinaciones premeditadas, no eran mas que producto de una casualidad ó de un arranque de furor marcial: así es que, lejos de producir nunca grandes resultados, lejos de cambiar la faz de las naciones, se reducían á meras acciones en que se decidía no la existencia, sino el honor de las naciones. Así es que los príncipes se enviaban carteles de desafío para encontrarse en tal ó cual punto, así como los simples caballeros se citaban para el palenque. Los heraldos de armas eran los portadores de estos retos. «Iréis á Troyés, dijo el conde de Buckingham á los dos heraldos que envió al duque de Borgoña en tiempo de Carlos V, hablareis á los caballeros y les direis que nosotros hemos salido de Inglaterra para acometer hechos de armas, y que donde creemos poder encontrar ocasión de acometerlos, allí los pedimos. Por lo cual, sabiendo que una parte de la flor de lis y de la caballería francesa está en aquella ciudad, nos hemos puesto en camino de ella, y que si desean decirnos algo, nos encontrarán en el campo.»

Llegaba á veces la delicadeza del punto de honor á tal extremo entre dos ejércitos, que rehusaban aprovecharse hasta de las ventajas del terreno. No pocas veces los reyes y los generales juraban batir al enemigo donde quiera que lo encontraran, como los dioses de Homero juraban hacer por sí mismos cosas que no siempre eran razonables, ó como los antiguos

germanos hacían juramento de llevar la barba larga ó un anillo de hierro hasta dar muerte á un romano. Dos naciones que con tales antecedentes se hallaban en el campo de batalla, no podían rehusar el combate, así como un hombre de corazón no puede dispensarse de sacar la espada cuando recibe un insulto.

Resolvióse, pues, en el Consejo del rey marchar sin demora contra el enemigo. Diéronse en el acto las órdenes convenientes: resonaron en alta voz los clarines y los instrumentos marciales: los soldados se aprestaron: los señores hicieron ondear sus banderas: los caballeros montaron á caballo y vinieron á formar en el sitio donde campaba el estandarte de la flor de lis y el oriflama. Viéronse correr inmediatamente por todo el campo los palafreneros, los pajes y los aspirantes á la caballería, los heraldos y los escuderos con las cotas de armas y las divisas de sus dueños. Vefanse por todas partes brillar lucidas corazas, ricos escudos, lanzas, banderolas y penachos: allí se encontraba reunida toda la flor del reino, pues ningún caballero ni escudero se había atrevido á quedarse en sus hogares. Nada más se oía que voces de mando, relinchos de caballos, sonidos de instrumentos y el grito de guerra de los caudillos: *Montmorency al primer cristiano, Chatillon al noble duque, Montjoie al gabilan blanco, Montjoie Borjoña Borbon Nuestra Señora*. Todos estos gritos de guerra eran dominados por el grito nacional, *Montjoie Saint-Denis*, por cánticos á la Virgen, y por la canción de Roldán.

Vasallos con la cabeza desnuda bajo la bandera de su parroquia y cubiertos con sus tabardos: barones con sombrerillos y túnicas largas forradas, ostentando los colores de sus damas: la infantería con sus chaquetas y armada de arcos, alabardas y chuzos terminando en punta ó con la cuchilla en forma de guadaña; la caballería cubierta de hierro y con sus capacetes y lanzas; los obispos con cotas de malla y mitra; los capellanes, los confesores, las cruces, las imágenes de los santos, las máquinas de guerra antiguas y modernas; todo aquel ejército, en una palabra, herido por los rayos del sol ofrecía un espectáculo tan extraordinario como brillante y variado.

Las tropas reunidas componían un número de más de sesenta mil combatientes; al frente de los cuales figuraban el hermano y los cuatro hijos del rey, la mayor parte de los príncipes de la sangre, ilustres capitanes extranjeros y tres mil caballeros de bandera. El rey mandaba personalmente toda esa hueste y bien puede decirse que si no era el mejor capitán de su reino, era por lo menos el soldado más bizarro y el más cumplido caballero.

Dividióse el ejército en tres cuerpos ó batallas, como entonces se decía, por consejo del condestable Juan de Brienne y de los dos mariscales Audeneham y Clermont. El duque de Orleans, teniendo á sus órdenes treinta y seis banderas y doscientos guiones, mandaba la primera división; la segunda tenía por jefe al delphin Carlos, duque de Normandía, que en lo sucesivo fue conocido con el nombre de Carlos el Sabio; al lado de este príncipe marchaban sus dos hermanos Luis y Juan, y los tres estaban encomendados á la custodia de los señores de Saint-Venant, de Vondenay y de Cervolles, que andando el tiempo fue, según dice el Archipreste, un célebre aventurero. El rey mandaba la tercera línea, llevando en su compañía al menor de sus hijos, llamado Felipe, vástago de la segunda casa de Borgoña.

Esas tres divisiones que habrían podido envolver al enemigo, flanqueando la posición del príncipe de Gales, se formaron en una línea oblicua un poco á retaguardia las unas de las otras. El ala izquierda mandada por el duque de Orleans, no estaba separada del enemigo más que por un montecillo, del cual no tuvieron la precaución de apoderarse; el Delfin man-

daba el centro y el rey el ala derecha, la reserva. Podrá formarse una idea de la ciencia militar de aquel tiempo, diciendo que se adoptaron esas disposiciones sin haber reconocido previamente el terreno ocupado por el príncipe de Gales.

En tanto que el ejército francés se iba poniendo en órden de batalla, el rey envió á Eustaquio de Ribamont, Juan de Landas y Ricardo de Beaujeu á reconocer el campo del caballero que había ganado sus espuelas en Crecy. Mientras estos caballeros efectuaban el reconocimiento, el rey Juan, montado en un caballo blanco recorría las líneas diciendo: «Cuando os hallais en el recinto de vuestras buenas ciudades, no cesais de amenazar á los ingleses, deseando presentaros armados delante de ellos. Ea, pues, ya los teneis á la vista; yo os los presento: haced por devolverles los males que os han causado y por vengar vuestras agravias.» El ejército respondió con un grito unánime: «¡Dios y á ellos!»

Volvieron los tres caballeros exploradores y dieron cuenta al rey de lo que habían observado.

El enemigo se había atrincherado en medio de un viñado sobre una pequeña colina, cerca de una aldea llamada Maupertuis; para llegar á esa posición era forzoso pasar por una senda cuyos bordes estaban cubiertos de espeso ramaje, y tan angosta, que apenas daba paso á tres caballos de frente. El príncipe de Gales había mandado emboscar arqueros detrás de aquellos matorrales, y al fin del desfiladero estaba formado en masa el ejército inglés, compuesto en su totalidad de dos mil ginetes, cuatro mil ballesteros y mil y quinientos aventureros. De estos siete ú ocho mil hombres, solo unos tres mil eran ingleses: los demás franceses y gascones.

Había también mandado el príncipe echar pie á tierra á su caballería, imposibilitada de maniobrar en aquel terreno: de manera que todo el ejército formado en el declive de una colina, formaba una compacta masa de infantería pesadamente armada, atrincherada entre matorrales y viñas, y con el frente cubierto de pelotones de ballesteros formados en escalon.

Eran debidas estas disposiciones á Jaime de Audeley, caballero de grande experiencia.

Si el rey Juan estaba acompañado de la flor de la caballería francesa, alrededor del príncipe Negro se veían los más denodados guerreros de Inglaterra y Guiena; figurando entre los primeros Juan Lord Chandos, los condes de Warwick y de Suffolk, Ricardo Stanfort, Jaime de Audeley y su hermano Pedro, y entre los segundos el *capitán* de Buch, Juan de Chaumont, los señores de Lesparre, de Rosem, de Montferrand, de Landuras, de Prumes, de Bourgenze, de Aubreicourt y de Ghisteltes: no faltaban apellidos franceses.

Habiendo Ribamont pintado al rey la posición de los enemigos, Juan le preguntó cuál le parecía el medio más oportuno para atacarlos. «El ejército debe echar pie á tierra, contestó Ribamont, menos trescientos ginetes escogidos entre los más diestros y caballerosos; éstos deben romper el paso por la senda desbaratando á los ballesteros, precediendo á nuestras tropas que caerán sobre las inglesas formadas en batalla al extremo del desfiladero, y combatirán con ellas cuerpo á cuerpo.»

Juan adoptó este parecer, que le agradó por lo atrevido: con mas cordura hubiera obrado atacando por la espalda á los ballesteros emboscados y obligándoles á dejar aquella posición antes de comprometerse en el paso del desfiladero. Los mariscales, con arreglo al plan adoptado, eligieron los trescientos ginetes que debían flanquear el paso: el resto de los demás ginetes echó pie á tierra, y se les mandó quitarse las espuelas y cortar las lanzas, de manera que quedaran reducidas á cinco pies de longitud.

para que pudieran ser manejadas cómodamente pie á tierra. Un cuerpo de alemanes, mandados por los condes de Nidau, de Nassau y de Saarbruck permaneció á caballo para sostener en caso necesario á los trescientos ginetes en el paso del desfiladero. El rey, rodeado de veinte caballeros, se puso en el centro de los alemanes para ver de cerca el principio de la acción. Iba ya á darse la señal de ataque.

Ya los trescientos ginetes habían abrazado sus escudos, cuando á toda brida se vió venir hacia el ejército francés un caballero pidiendo hablar al rey: era el cardenal de Perigord. No cesaba el papa de trabajar por reconciliar la Francia y la Inglaterra: los dos cardenales de Urgel y de Perigord habían sido enviados á los ejércitos beligerantes á fin de inducirlos á la paz y tratar de la libertad del rey de Navarra. No había el cardenal de Perigord desesperado del buen éxito de su comisión á pesar del mal resultado de sus primeras tentativas, y siguiendo constantemente los pasos de ambos rivales, llegaba en el instante en que iban á venir á las manos.

Presurosamente se dirigía hacia el rey de Francia: aunque llegó á su vista se apeó y tomando una reverente postura exclamó: «Muy amado señor, aquí teneis reunida toda la flor de la caballería de vuestro reino contra un pequeño número de enemigos. Si pudiérais alcanzar de ellos sin combate lo que deseais, ahorrariarís mucha sangre cristiana y muchas vidas de vuestros vasallos. No ignorais que Dios tiene en su mano la suerte de las armas, os conjuro en nombre de ese Dios y en nombre de la caridad, que me deis tiempo de poder hablar con el príncipe de Gales y representarle el peligro en que se halla y las ventajas de la paz.»

El rey contestó: Sea como lo pedís; pero tratad de volver pronto con la respuesta.»

El cardenal parte galopando hacia el campamento inglés; al oír el nombre de la religión, las barreras de ambos ejércitos se abren y dejan pasar á sus ministros: allí encontró al hijo de Eduardo rodeado de sus caballeros, cubierto de su armadura negra, y ostentando la divisa del príncipe de Gales, divisa tomada del escudo del anciano rey de Bohemia; presagio que le prometía en Poitiers el destino de Crecy. «No me cabe duda, gallardo hijo mío, le dijo el enviado del papa, que si hubiérais visto el ejército del rey de Francia, me daríais licencia para poder entrar con él en negociaciones de parte vuestra.» El príncipe contestó: «Atendré á todas las proposiciones que me haga, menos á lo que propenda á la pérdida de mi honor ó al de mis caballeros.» El cardenal replicó: «Muy bien pensais, gallardo hijo mío» y volvió á galopar hacia el campo francés.

Al llegar suplicó al monarca suspendiera el ataque hasta el día siguiente. «Vuestros enemigos, le decía al rey Juan, no pueden escaparse: concededles algunos momentos para que ellos mismos comprendan el peligro en que se hallan.» Negábase por de pronto el rey á conceder esta dilación, y la mayoría de su consejo era del mismo parecer; pero por último, teniendo presente el respeto debido á la Santa Sede, consintió en suspender el combate hasta el día siguiente, en cuyo plazo los ingleses acabaron de atrincherarse, se apagó el ardor del soldado francés, y se dió principalmente lugar á que el príncipe Negro ganara la batalla.

El rey Juan mandó levantar en el campamento una hermosa tienda encarnada en el mismo sitio en que se hallaba. Todas las tropas dejaron las armas menos los cuerpos mandados por el condestable y los dos mariscales.

El cardenal regresó al campo inglés, y de allí volvió al campamento del rey Juan á darle cuenta de las proposiciones del príncipe de Gales. Ofrecíase éste á devolver los prisioneros juntamente con las for-

talezas y ciudades de que durante tres años se había apoderado, y se obligaba á guardar una tregua de siete años. Villani añade que también se avenía á pagar doscientos mil nobles, ó escudos de oro, por los perjuicios causados por su ejército. Pedia por esposa una hija del rey Juan, y por dote el ducado de Angulema: la libertad de Carlos el Malo, y por último, se obligaba á que Eduardo diera su aprobación á todas las cláusulas del tratado.

Juan, á quien los historiadores pintan como un temerario, había dado grandes pruebas de moderación al conceder á los ingleses una suspensión de armas, y ahora estaba dispuesto á confirmarles de un modo más brillante aceptando los ofrecimientos del príncipe Negro cuando Reinaldo de Chaveau, que en calidad de obispo de Chalons tomaba parte en el consejo, se levantó y habló de esta manera:

«Señor, si la memoria no me es infiel, el rey de Inglaterra, su hijo, y su hermano el duque de Lancaster, os han insultado y asolado repetidas veces vuestro reino cubriéndolo de cadáveres y ruinas. En Tierra Firme han humillado á vuestro padre Felipe y hecho perecer la nobleza de Francia; por mar han abordado vuestros bajeos é incendiado, como piratas, los arsenales. ¿Qué venganza habeis tomado de ellos! ¿Pues qué! ¿En premio de tales atrocidades, entregareis vuestra hija á unas manos teñidas aun de sangre francesa? Dios os entrega vuestro encarnizado enemigo, esos orgullosos ingleses, esos traidores gascones, esos infames que acaban de ensangrentarse con indefensos labradores, esos incendiarios que han reducido á cenizas esas cabañas que aun están humeando! Dios os los entrega ¡y los dejareis escapar! ¿Podeis imaginaros que procedan de buena fe en nada de lo que proponen? ¿No conocéis su perfidia? Bajo el pretexto de hacer ratificar las condiciones por el monarca inglés, no tratan más que de ganar tiempo: Eduardo rehusará confirmar ese tratado. Entre tanto el duque de Lancaster, que está asolando el territorio de Perche con su ejército habrá podido reunirse con el ejército del príncipe de Gales y la victoria pasará á vuestros enemigos. ¡Dios os libre de tales calamidades! Pido, por lo tanto, que no conceda plazo de ninguna especie, que no se suspenda la acción de vuestra venganza por medio de esas proposiciones insidiosas y por esas lentitudes de vuestro consejo.»

Ese discurso, cuyo vigor iba acompañado con los golpes que el obispo daba al suelo con el regatón de la pica, avivó el ardor guerrero en el pecho del rey: los barones que componían el consejo gritaron: ¡A las armas! y Juan dijo al cardenal: «Partid á decir al príncipe de Gales que á menos de no entregarse prisionero, él y ciento de sus principales caballeros, no dejaré pasar su ejército.» El príncipe, al oír esta proposición, que le fue referida por el legado del papa, contestó: «Mis caballeros no pueden ser hechos prisioneros, sino con las armas en la mano: por lo que á mí toca, es seguro que la Inglaterra, suceda lo que suceda, no tendrá que pagar mi rescate.»

Estas negociaciones absorbieron todo el día. Durante este intermedio, algunos caballeros de ambos ejércitos cabalgaron á lo largo del campamento enemigo. En una de estas entrevistas se encontró el mariscal de Clermont con Juan Chandos: ambos llevaban en el escudo un mismo emblema que consistía en una dama vestida de azul en un campo de rayos de sol. «¿Desde cuándo, preguntó el mariscal al inglés, habeis tomado mi divisa?»—«¿Desde cuándo usais vos la mía? replicó Chandos.»—«Si vuestros soldados no estuvieran á punto de venir á las manos, yo os probaría en el acto que no debeis llevarla» dijo Clermont—«¡Corriente! añadió Chandos, mañana nos veremos, y os demostraré que la dama azul es mucho más mía que vuestra.» Esta cuestión herál-

dica costó la vida al mariscal por mano de Chandos.

En tanto llegó la noche: los franceses abundantemente provistos de víveres, confiando en su número y en su valor, se entregaron al sueño; los ingleses, careciendo de todo, emplearon aquellas horas en velar y atrincherarse: alrededor de su campamento, abrieron profundos fosos que cubrieron con empalizadas, y donde los fosos no alcanzaron, construyeron á manera de barricadas con sus bagages y carros de transportes. El príncipe de Gales mandó reunir todo el botín que habían hecho en sus correrías; lo repartió en tres montones en medio de ambos campamentos, y lo mandó quemar. Este sacrificio no dejaba á los ingleses nada que echar de menos, y los torbellinos de llamas y de humo que en medio de las tinieblas se levantaron, sirvieron poderosamente para ocultar los trabajos de fortificaciones que se estaban haciendo

en el campamento, y llenaron de asombro á los soldados franceses.

El sol que había de iluminar un día tan fatal para la Francia, apareció por último en el horizonte (19 septiembre 1356) á tiempo que en el campamento del rey Juan se dejaban halagar por las mas ilusorias quimeras, y el ejército se volvía á formar en el mismo orden de batalla que el día anterior. Por su parte, los ingleses hicieron alguna alteracion en sus disposiciones: instruidos, no sabe cómo, del modo con que iban á ser atacados, colocaron al frente de su línea un cierto número de ginetes, á fin de resistir al choque de los mariscales; emboscaron además otros trescientos ginetes y trescientos ballesteros á caballo detrás de una pequeña colina que daba frente al cuerpo mandado por el Delfin y sus dos hermanos. Estos seiscientos hombres tenían orden de dar vuelta



CARLOS VI JUGANDO Á LAS CARTAS DURANTE SU LOCURA

á la colina así que se principiara la accion y caer sobre el fianco de aquel cuerpo. El cardenal de Perigord volvió á presentarse, pero de parte de los franceses le mandaron á decir que se retirara. En vista de esto pasó al campamento del príncipe de Gales, cuyo súbdito era, como natural de Guinea. «Gallardo, hijo mio, le dijo, haced lo que podais: no tenéis mas arbitrio que pelear.» El príncipe contestó: En eso estamos pensando yo y mis caballeros; Dios se digne favorecer nuestro derecho! El cardenal entonces fue á reunirse con el otro legado del papa que estaba en la cima de un montecillo, y allí ambos elevaron sus manos hácia el Dios de paz, en tanto que en la llanura se invocaba con feroz gritería al maléfico número de la guerra.

El príncipe Negro dirigió á sus caballeros estas breves palabras. «Pocos somos en verdad, comparándo-

nos con el numeroso ejército que va á caer sobre nosotros, ¿pero qué importa? No por eso debe desmayar nuestro denuedo, pues no el número de guerreros, sino Dios, es quien da la victoria. Si vencemos, nuestro triunfo será mas brillante; si hemos de morir, yo tengo un padre y dos hermanos, vosotros tenéis amigos; esos nos vengarán. No pensemos, pues, mas que en portarnos bien en el momento presente. Dios mediante espero dentro de poco haceros ver que merezco bien ser caballero.»

Quiso retener á su lado á Chandos, pero este no pudo contenerse, y voló á encontrarse en el choque contra la division mandada por los mariscales franceses: tambien deseó el príncipe conservar junto su persona á Audeley; pero éste había hecho voto de combatir en primera fila en cualquier batalla mandada personalmente por el rey de Inglaterra ó alguno

de sus hijos, y el príncipe no pudo menos de dejarle cumplir el voto, por lo cual fué á colocarse al frente de la línea, entre los ginetes que estaban sostenidos por los ballesteros.

Los franceses lanzan el grito de guerra: los dos mariscales, condes de Audeneham y de Clarmont, entran á rienda suelta en el desfiladero al frente de sus trescientos caballos. Mas apenas llegan al terreno bordeado de matorrales, descargan los ballesteros una nube de flechas. Estas flechas, largas, dentelladas y agudas, lanzadas, si así pudiera decirse, á quemarropa, caen sin perderse una sobre aquel escuadron de valientes. Los caballos atravesados de parte á parte, enfurecidos por el dolor, relinchan, se retuercen, se encabritan, caen, y al revolcarse por el suelo, abruman á sus ginetes y no dejan pasar á los que vienen detrás. Solo los dos mariscales, con algunos caballeros, consiguen pasar por entre aquel espantoso desorden, y llegan al frente del ejército inglés: allí se encuentran con una nueva línea de ballesteros y con Jaime de Audeley al frente de sus ginetes. Aquellos denodados mariscales, cuyos soldados habían casi todos perecido en el desfiladero, no podían sostener una lucha tan desproporcionada: Clermont cae atravesado por la espada de Chandos, y Audeneham, desmontado por Audeley, no tuvo mas remedio que rendirse.

No tardó en propagarse el rumor de este desgraciado lance. Los ginetes, detenidos en medio del desfiladero entre dos montones de cadáveres de caballos que obstruían el paso, y la tropa de infantería que venia avanzando por el mismo camino, tuvieron que permanecer inmóviles y siendo blanco de los ballesteros emboscados. Gritos de desesperacion y alaridos de dolor resuenan confusamente en aquel malhadado desfiladero. Los ginetes que iban penetrando ya en el camino, se replegaron sobre el cuerpo mandado por el delfin Carlos. En el acto los seiscientos caballeros ingleses ocultos detrás de la colina salen de la emboscada y se lanzan sobre la retaguardia de aquella division, llenando de terror á los soldados mercenarios y haciendo que los ginetes desmontados se dispersaran. Los señores de Landas, de Vondenay y de Saint-Venant, que estaban encargados de la custodia de los hijos del rey, creyendo antes de tiempo que la batalla estaba perdida, les obligaron á retirarse, y los dos primeros, encomendando á Saint-Venant sus respectivos príncipes, volvieron al campo á colocarse al lado del rey, juntamente con los señores del Angle, Saintré y Cervolles.

La division mandada por el Delfin se había ya dispersado, y las del duque de Orleans habían huido cobardemente con su caudillo, de manera que en el campo no quedaba ya mas que el escuadron de la caballería alemana y el cuerpo de ejército mandado por el rey, al cual se unieron muchos caballeros que no podían resolverse á abandonarle.

Al saber el príncipe Negro la derrota de las dos primeras divisiones francesas, mandó á sus ginetes montar á caballo, y Juan Chandos le dijo: «Cabalgemos, señor, cabalgemos: la jornada es vuestra: Dios os favorece, avancemos contra el rey de Francia. Sé muy bien que su valor no le permitirá abandonar el campo, y por consiguiente tendrá que caer en nuestras manos.» El príncipe contestó: «Adelante, Juan: ¡no me vereis hoy retroceder! Adelante, banderas, en nombre de Dios y de San Jorge!» Dijo, y descendió de la colina con todo su ejército.

El rey, mandando formar su division en columna cerrada, atacó á los ingleses en el momento de salir del desfiladero: distinguíase entre todos por su elevada talla, por su marcial aspecto y por las flores de lis de oro bordadas en su túnica de armas: estaba á pie como el resto de sus caballeros, y tenía en la mano un hacha de dos cortes al modo de los antiguos

francos. A su lado se veía su hijo, el joven Felipe, cuya edad llegaba apenas á catorce años, arremido como el leoncillo al lado del leon. Todos los historiadores convienen en que si la cuarta parte del ejército francés hubiese peleado con el denuedo de su rey, habría indispensablemente obtenido la victoria. Rudo fue aquel choque: por una parte combatía el príncipe Negro rodeado de Chandos, del *capitán* de Buch, famoso rival de Duguesclin; de Audeley, de Aubreicourt y de los condes de Warwick y de Suffolk, mariscales de Inglaterra, y por otra el rey Juan, acompañado de Santiago de Borbon y Pedro de Borbon, padre de aquel Luis II, cuyas virtudes anunciaron las de Enrique IV; de los príncipes de Artois, ambos hijos de un traidor y ambos leales; de los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, los tres alemanes, pero muy dignos de ser franceses; de los señores Guissard de Beaujeu, Guillermo de Nesle, Guillermo de Montagu, Ricardo del Angle, de Chambly, de La Heuse, de Pons, de Tancarville, de Laval, de Damp-Marie, de La-Tour, de Humieres, de Urfé, de Duras, de Gaucher, de Brienne, condestable de Francia y duque de Atenas, duplicado título que le imponía la obligacion de morir con gloria, del obispo de Chalons, que murió con la cabeza cubierta con el casco, como Adhemar sobre los muros de Jerusalem; de Gofredo de Charny, el valiente porta oriflama, de Eustaquio de Bibaumont, tan famoso por la corona de perlas que Eduardo le dió delante de Calais, de La Fayette y de La-Rochefoucauld, celebridades que las armas han cedido á las letras, y finalmente, de Juan de Saintré, reputado como el caballero mas bizarro de aquella época, y cuyo nombre se ha conservado hasta nosotros ensalzado por las poesías populares.

La caballería alemana sostuvo perfectamente la primera carga; pero empezó á aflojar tan luego como perdió sus jefes, los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau. Los caballeros franceses de diversas provincias combatían mezclados con sus escuderos bajo las banderas de sus señores feudales, unas veces en pelotones, y otras formando una columna. El príncipe de Gales, con Chandos, atacó á la division del condestable, y el *capitán* de Buch con los mariscales de Inglaterra se encontró en frente del rey.

Juan lo vió caer sobre él con una intrépida alegría: abandonado de una tercera parte de su ejército, ni aun se le ocurrió una vez siquiera retirarse, y solo se propuso salvar á todo trance el honor francés, ya que no le fuese dado salvar la nacion. Como los ginetes habían recortado las lanzas, no pudo ya el rey Juan mandarles montar á caballo como lo había hecho el príncipe de Gales con los suyos. Además, los ingleses se presentaron acompañados de ballesteros que decidieron de la victoria, hiriendo desde lejos á una infantería que por el peso de su armadura no podía alcanzar á sus ligeros enemigos. Las oleadas de combatientes eran impelidas hácia Poitiers, y así fue que junto á esa ciudad se redobló el número de las víctimas. Los ciudadanos, temiendo que vencidos y vencedores no entraran confusamente, se negaron á abrir las puertas.

Ya los que mas se habían distinguido por su valor, no existían; el horrible estrépito del campo de batalla iba cesando: las filas de combatientes cada vez se aclaraban mas, y los caballeros iban cayendo sucesivamente como los árboles que el hacha del leñador va destroncando en la selva. Pero Charny levantaba aun con intrépida mano el oriflama, y luchaba él solo contra una multitud de enemigos que se empeñaban en arrebatarla.

Juan, con la cabeza descubierta (había perdido el casco en el tumulto del combate), y con dos heridas en el rostro, presentaba aun su frente cubierta de sangre al enemigo. Incapaz de temor por lo tocante á su persona, se enternecía por la suerte de su joven

hijo, que ya había sido herido por cubrir con su cuerpo el cuerpo de su padre: quiso el rey Juan alejar de aquel terrible peligro al regio niño, y lo encomendó á la custodia de varios caballeros, pero Felipe se escapó de sus manos y volvió á reunirse con su padre. No teniendo aun sus brazos fuerza para manejar las armas, velaba por la vida de su padre, advirtiéndole de qué parte debía ponerse en guardia, cuando veía acercarse algún enemigo.

La gritería había ya cesado enteramente. Charny, tendido á los pies del rey, estrechaba entre sus brazos arrecidos por la muerte el oriflama que nadie le había podido arrancar: solo las flores de lis permanecían de pie en el campo de batalla: la Francia entera estaba reducida á su rey, que vibrando con sus dos manos el hacha de armas defendiendo su patria, su hijo, su corona y el oriflama, inmolvaba á cuantos tenían la mala suerte de acercársele. Ya no quedaban en torno de él mas que algunos caballeros tendidos en el suelo y acribillados de heridas, que levantando del polvo su moribunda cabeza á la voz de su soberano, hacían un postrer esfuerzo y volvían á caer para no volverse á levantar. Mil enemigos desde una respetuosa distancia le gritaban: «¡Señor, rendíos!» pero Juan, aunque ya bastante debilitado por la sangre que iba perdiendo, había resuelto morir, pero no entregarse.

Un caballero atraviesa entre la multitud, y desviando los soldados, se acerca respetuosamente al monarca, hablándole en francés y diciéndole: Señor, en nombre de Dios, rendíos. El rey, al oír hablar en francés, bajó el hacha y dijo: «¿A quién me he de rendir? ¿A quién? ¿En dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le viera, hablaríamos.—No está aquí, replicó el caballero, pero entregaos á mí, y yo os conduciré adonde él está.—Y vos, ¿quién sois?—Señor, yo soy Dionisio de Morbec, caballero de Artois: sirvo al rey de Inglaterra, porque habiendo cometido un homicidio en mi país, tuve que espatriarme.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y se le arrojó al caballero diciéndole: «A tí me entrego.» No puede decirse que el rey de Francia entregara su espada sino á un francés.

Ya no se veían ni banderas, ni pendones del ejército del rey Juan en los campos de Poitiers. El príncipe de Gales no conocía aun toda la importancia del hecho de armas que se acababa de consumar. Charny le aconsejó que fijase su bandera sobre un arbusto á fin de que al verla las tropas dispersas se fueran reuniendo. Levantaron en el terreno una pequeña tienda encarnada, y el príncipe entró en ella. Los empleados de su servidumbre le soltaron las hebillas de la armadura y le dieron de beber; los clarines tocaron retirada. Presentáronse los caballeros ingleses y gascones con un prodigioso número de prisioneros: había soldado que traía diez de ellos. Tratáronlos á todos con una generosidad extraordinaria, consiguiendo libertar la mayor parte bajo palabra ó bajo la simple promesa de un rescate que procuraban no fuera muy crecido, á fin de que no les arruinara.

El hijo de Eduardo, al ver llegar los dos mariscales de Inglaterra, les preguntó noticias del rey de Francia: «Señor, no sabemos, contestaron, lo que ha sido del rey de Francia, pero creemos que indispensablemente debe haber muerto ó caído prisionero, pues no se ha separado de sus huestes.» Charny había predicho que al rey Juan no le permitiría huir su valor, Warwick opinó que debe haber sido muerto ó caído prisionero; no tardaremos mucho en ver que el mismo príncipe de Gales le proclama por el mas denodado caballero de su ejército. Un monarca francés, cuyo valor es tan altamente preconizado hasta por sus mismos enemigos, puede ser vencido sin dejar de reinar; los reyes de la larga cabellera solo cubiertos de púrpu-

ra, perdieron la corona que habían recibido sobre un páves.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Partid, os ruego, y no os detengais hasta que podais adquirir noticias del rey de Francia.» Los mariscales partieron, y cabalgando, treparon á una altura, á fin de tender la vista por el campo. No tardaron en divisar un tropel de hombres que caminaban muy despacio y á cada instante se detenían. Warwick y su compañero se dirigieron hácia aquel grupo. «¿Quién va? preguntaron.—El rey de Francia, les respondieron, que ha sido hecho prisionero, y ahora se lo vienen disputando mas de diez caballeros y otros tantos escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, trayendo á su hijo de la mano, se había hallado espuesto al mayor peligro: los ingleses y gascones se lo arrancaban mutuamente de las manos, despues de haberlo quitado á Dionisio de Morbec. Cada cual gritaba: yo le he hecho prisionero. A mí se me ha rendido. Entre tanto el rey decía: «Tratadnos con alguna consideración á mí y á mi hijo; llevadnos al príncipe de Gales; no os disputéis el haberme hecho prisionero, pues soy bastante grande para enriqueceros á todos.» Estas palabras amansaban por un momento la furia de aquellos soldados, mas apenas habían vuelto á ponerse en marcha, volvían á renovar la disputa. Warwick y Cobham se arrojaron entre aquella turba, impusieron pena de la vida al que se atreviera á acercarse al rey: echaron pie á tierra, saludaron al monarca y á su hijo, y los condujeron hácia la tienda del príncipe de Gales.

Noticioso el hijo de Eduardo de que el gran prisionero estaba ya cerca, salió á recibirlo, se inclinó profundamente al llegar á su presencia, suplicándole con corteses palabras se sirviera entrar en su tienda. En seguida mandó vino y refrescos y se los presentó con su propia mano al padre y al hijo, en señal, segun dicen las crónicas, de muy grande amor. ¡Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias, así se ensalzan y se abaten los imperios! Ocho siglos antes el primer rey franco triunfó de los visigodos casi en el mismo sitio donde el rey Juan cayó prisionero de los ingleses: Charny sucumbió defendiendo el oriflama en los campos, donde cuatro siglos despues había de morir Rochejaquelin por la bandera blanca.

Cuando vino la noche, el príncipe Negro mandó disponer en su misma tienda una mesa abundantemente servida, á la cual, en compañía del rey y su hijo, se sentaron los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Granville, y el señor de Parthenay. Los demás barones y caballeros franceses, compañeros de infortunio de su señor, se colocaron en otras mesas. El príncipe de Gales sirvió personalmente á sus huéspedes, y rehusó constantemente tomar asiento en la mesa del rey, diciendo que estaba muy lejos de tener la presunción de sentarse junto á un príncipe tan eminente y hombre tan denodado. «Querido señor, le decía al rey Juan, no os dejéis abatir porque Dios no haya cumplido hoy vuestros deseos: mi señor padre os tratará con todo el honor que mereceis, y se avendrá á condiciones tan equitativas, que es de esperar quedeis amigos para siempre. Debeis tener una satisfacción, pues aunque la jornada no ha sido vuestra, habeis hecho personalmente proezas, distinguiéndoos entre todos los de vuestro bando. No penseis que digo eso por consoladores, pues todos mis caballeros que se han hallado en el combate, están conformes en concederos el prezo y la corona.»

Hasta entonces Juan había soportado su desgracia con magnanimidad, no había salido de sus labios la menor queja, ni había dado la mas insignificante señal de flaqueza; mas cuando se vio tratado con aquella generosidad, cuando vió que aquellos mismos enemi-

gos que le rehusaban el título de rey cuando estaba en el trono, le reconocían como tal al verle cautivo, se sintió realmente vencido. De sus ojos se escaparon algunas lágrimas que borraron las manchas de sangre que había aun en su rostro. En aquel banquete del cautiverio, pudo el rey cristianísimo decir como el santo rey David en otro tiempo: *Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*

Todos los demás prisioneros prorumpieron en llanto al ver derramar lágrimas al monarca, y el festín quedó por unos momentos suspendido. Los guerreros franceses, tan entendidos apreciadores de las buenas acciones, contemplaban con un murmullo de admiración á su vencedor, que apenas llegaba á veintiseis años de edad. «¿Qué buen monarca promete á su país, decían, si logra vivir y persevera su buena fortuna.»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, pudo tener, en vista de la inconsecuencia de la suerte, un presentimiento de su porvenir. Su vida fue corta. Su hijo, que le reemplazó en el trono de Inglaterra, se vió vendido por aquellos mismos nobles que habían combatido en Poitiers, tuvo que recurrir á la protec-

ción del heredero del rey Juan, fue depuesto del trono por un parlamento ingrato, se vió encerrado en una torre, y por último, habiendo sido condenado á morir de hambre, luchó varios dias contra la muerte deseando en vano al llegar sus últimos momentos los desperdicios de aquel banquete que su padre victorioso había mandado dar á un monarca desgraciado. Hasta la gloria misma del vencedor de Poitiers ha perecido en aquellos campos donde resplandeció con tanta claridad.

En una altura que domina la abadía de Bouillé y la aldea de Beauvoir en el Poitu, en la cima de una colina cubierta de juncos marinos, se encuentran al parecer vestigios de un antiguo campamento: en medio se nota la boca de un pozo ya medio obstruido: esto es todo lo que existe para acreditar el pasaje de un héroe. La aldea de Maupertuis ha desaparecido: nadie en el país se acuerda que haya existido. Por otro raro capricho de la suerte, el sitio en que se ven las huellas del campamento inglés se llama *Cartago*, como si la fortuna, para burlarse de los hombres, se hubiese complacido en borrar un nombre célebre con otro mas célebre, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

ANÁLISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA.

DESDE LA BATALLA DE POITIERS EN TIEMPO DEL REY DON JUAN HASTA LA REVOLUCION DE 1789.

JUAN II.

(Desde 1356 á 1364).

¡La Francia parecía haber llegado á su perdición! su tesoro estaba exhausto; sus ejércitos se habían convertido en hordas de salteadores que la desgarraban: sus pueblos se sublevaban: sus Estados atacaban el trono que había quedado vacante por el cautiverio del rey; un príncipe de la familia real fugándose de la prision acababa de aumentar el desorden mezclando las discordias domésticas con las violencias cometidas por los extranjeros; envenena al heredero de la corona cautiva; surgen traidores en el estado eclesiástico y en la nobleza y sediciosos en las últimas gerarquías sociales; en lo exterior del país se desencadenan los horrores de la anarquía civil y militar, y para remedio de tantos males no podía contar la nación mas que con un príncipe de diez y ocho años escasos de edad, que por su proyecto de fuga con el rey de Navarra y por su conducta en la batalla de Poitiers no había merecido el aprecio ni de los franceses ni de los enemigos. ¿Quién podría creer que ese niño, andando el

tiempo había de ser Carlos el Sabio, el salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Carlos V no era, digámoslo así, mas que la cabeza: le era preciso un brazo, y este brazo Dios había cuidado de irlo robusteciendo para la época en que fuera necesario. En tanto que el Delfín se iba retirando oscuramente en Poitiers, despreciado de los vencedores, un pobre hidalgo tan oscuro como él, combatía por Carlos de Blois en los carrascales de la Bretaña. Sin hermosura, sin gentileza, sin bienes de fortuna, sin capacidad, pues nunca pudo aprender á leer, ese hidalgo, medio rústico, nada al parecer tenia de lo que constituye la naturaleza de los héroes, sino el valor. Las crónicas de aquella época al hablar de ese personaje lo caracterizan con el nombre de *cierto noble paje*. Ese jóven era Duguesclin, el primer capitán que desde el tiempo de los romanos se había visto en Europa y que en aquel tiempo mereció el nombre de *Buen condestable*. ¡Tan fecundo es el suelo de la Francia y tantos los recursos que halla aun en medio de su desgracia!

Carlos y Duguesclin nacieron, sea licito decirlo así, el uno para el otro, y los dos para la nación, siendo tanto mas ilustres sus triunfos cuanto mayores fueron los obstáculos que se les opusieron.

Ante los ejecutores de la venganza divina el mundo se aplanó; con medianos talentos consiguen triun-

(1) Véase sobre la palabra *Cartago* el *Ensayo de disertación sobre el CAMPUS VOCLADENIS* en las *Disertaciones de LEBOEUF*. Véase tambien las *Vidas de los capitanes ilustres en la Edad Media*, por Mr. MAZAS. Encuéntranse en esa concienzuda obra curiosos datos acerca de las batallas de Crecy, de Poitiers y de Arincourt.